

## GRANDES HOMBRES

*Por Carlos Vega.*

### EL GRANDE HOMBRE Y EL AYUDA DE CAMARA: ANVERSO Y REVERSO

Aquí tenemos a un grande hombre; vedlo en su alcoba; acaba de vestirse y se dispone a salir; al cruzar por delante del espejo ha reparado en una mancha blancuzca, como de polvos, que resalta sobre su traje oscuro. ¡Vaya! Trata de quitársela con la mano, pero no puede, no alcanza, porque la mancha está justamente sobre la paletilla. Al grande hombre, es cierto, no se le ocurre lo más sencillo: quitarse la chaqueta; a cualquiera se le hubiera ocurrido; al grande hombre, no. Después de algunos esfuerzos infructuosos —y un tanto cómicos— el grande hombre se queda perplejo y comienza a mirar a un lado y a otro como buscando algo; algo busca.

—¿Dónde se habrá metido este ayuda de cámara?

(Observad al ayuda de cámara, miradlo allí, tras la puerta entornada; venía para la habitación con su silencioso paso gatuno, pero, al sorprender la escena, se ha detenido, solapado, a regodearse en ella. El ayuda de cámara hace tiempo que ha perdido la estimación al grande hombre; vive pegado a él; le ha puesto cataplasmas; lo ha visto encorajinarse por fútiles motivos, encapricharse a veces como un niño; conoce sus menudas flaquezas. No, que no le hablen al ayuda de cámara de grandes hombres.)

El grande hombre se impacienta; abre un cajón, lo revuelve, lo cierra de un golpe; abre otro y otro y otro; mira debajo de la almohada, debajo de la cama; levanta un montón de ropa que hay sobre una silla... ¡Al fin! Allí está el cepillo.

—¿Dónde diablos se habrá metido este ayuda de cámara?

El grande hombre intenta cepillarse; pasa primero la mano

por encima del hombro; no llega a la mancha: espalda y cepillo no logran juntarse; la sube después por detrás... Hay que confesar que el grande hombre es desmañado; maneja torpísimamente el cepillo; dos veces se le cae al suelo.

—Pero este hombre... ¡Ceferinooo!

(El ayuda de cámara, acechando por la rendija; lo que está viendo colma la medida; en sus labios hay una sonrisa despectiva y rencorosa.)

Al cabo, el grande hombre—con la mancha a la espalda—sale a la calle. El ayuda de cámara se ha quedado solo en la casa; penetra en la alcoba; recoge el cepillo del suelo, donde había caído por tercera vez, lo coloca cuidadosamente en “su” sitio y lo contempla con ternura mientras masculla: “¡Este, éste es el famoso grande hombre!” De pronto da media vuelta, sale de la habitación, baja la escalera apresuradamente, atraviesa el vestíbulo, entra en la biblioteca, se dirige a la mesa, toma la pluma... (“¡Este, éstos son los famosos grandes hombres!”)

El ayuda de cámara, harto ya, va a destruir un mito, a revelar el gran secreto que sólo él conoce. La humanidad no debe vivir más tiempo engañada acerca de estos “llamados” grandes hombres que se ponen cataplasmas, que se encorajinan por naderías, que tienen caprichos, que tienen flaquezas, ¡que ni saben manejar un cepillo! Sobre el papel queda escrita la rotunda frase que tanta celebridad ha de alcanzar: “No hay grande hombre para su ayuda de cámara”, y que, pasando de mano en mano, menguada y malentendida, vendrá a quedarse en: “No hay grandes hombres”, simplemente.

\*

\* \*

¿Tendremos que decirlo? La “frase” no es del ayuda de cámara, y el adjudicársela aquí no es un fallo de erudición—bien insignificante después de todo—, sino un artificio de que nos valem para “desandarla” y restaurarla en su verdadero sentido. Es frase vieja y de paternidad más que dudosa; se encuentra, en forma menos cruda, en los *Ensayos* de Montaigne: “Pocos hombres fueron admirados por sus domésticos”; se halla también en *The Patron*, del inglés Samuel Foot; se ha atribuido a Condé y asimismo—en una de las *Cartas* de mademoiselle Aissé y ya en la fórmula hoy consagrada—a madame Cornuel: “Il n’y a pas de héros pour son valet de chambre”.

No, la “frase” no es del ayuda de cámara, por supuesto; del

ayuda de cámara es únicamente la realidad que la frase ilumina, el ruin modo de ser que en ella se denuncia. Y en esto—en descubrir un modo *típico* de ser y de pensar, del cual el ayuda de cámara es mero símbolo, pues ni todos los ayudas de cámara piensan así ni sólo ellos—, en esto y no en la verdad ilusoria que semejante modo de pensar encierre radica precisamente el mérito de la frase. Pero la bellaquería ha tergiversado su claro sentido y, ya se sabe, la usa a troche y moche para dar a entender lo que en modo alguno significa: que el ayuda de cámara tiene razón, que él es el único que conoce “la” verdad del grande hombre. . . la *fea verdad* que se oculta en su *falsa grandeza*. ¿Resultado de esta tergiversación? Que el ayuda de cámara—a quien la frase estigmatiza—se remonta a las nubes; que el grande hombre—el auténtico grande hombre, cuya existencia niega desafortadamente el ayuda de cámara—queda por los suelos. . . y que la verdad, la pobre verdad sale malparada. Lindo truco.

—¡Y no es que lo diga *uno!* ¡Es Montaigne quien lo ha dicho! ¡Es Condé, el “gran” Condé, el vencedor de Rocroi!

. . . O Abenjaldún, o Dionisio Areopagita, o Naram-Sin de Caldea, que en fin de cuentas nada cierto se sabe y cualquiera de ellos pudo haber sido el *descubridor*. Pero, quienquiera que fuese, no lo dijo como cosa suya, sino que lo dijo “del” ayuda de cámara: lo observó primero en alguno, lo corroboró sin duda en reiteradas experiencias y luego lo enunció sencillamente, como alguien enunció que el óxido de carbono (CO) es un gas venenoso. El *ayuda de cámara* es aquí lo que la rana de Galvani o la manzana de Newton: un “hecho”, un hecho simplemente y bien *natural*. Y el truco consiste en jugar con el nombre del “padrino” que en cada caso se invoca, presentándolo como solidario del ayuda de cámara; algo tan absurdo como si, por ser “de Koch”, declarásemos beneficioso el bacilo de la tuberculosis que el sabio bacteriólogo alemán descubrió. En suma, que lo que la frase “dice” no es *que no haya grandes hombres*, sino que no los hay *para el ayuda de cámara*, que no puede haberlos. ¿Por qué?

\*

\* \*

De nuevo un grande hombre a la vista, y ahora de carne y hueso; vedlo en su mesa de trabajo; es joven aún; acaba de cumplir 38 años. Este grande hombre, que está ahora a medio camino de “su” vida, goza ya de nombradía y autoridad en el mundo cul-

to; tiene entre los dedos. . . no un cepillo, sino una pluma —soberana pluma—; hace un buen rato que está escribiendo en su *Introducción a un don Juan*; va por el capítulo III: *Don Juan y el resentimiento*. Veamos lo que escribe.

*Se ha dicho que no hay grande hombre para su ayuda de cámara. ¿Quiere esto decir que no haya, en verdad, grandes hombres? No; más bien quiere decir que hay, en verdad, ayudas de cámara, gentes de condición rencorosa y ruin, con alma miope, que se acercan demasiado a las cosas excelsas y viven condenados a no ver sino lo que hay de pequeño en lo grande. Porque es un error creer que el aspecto más verídico de una cosa sea el que ella ofrece sometida a una visión muy próxima. Ver bien una piedra es mantenerla a tan corta distancia de nuestros ojos que percibimos los poros de su materia. Pero ver bien una catedral no es mirarla a la misma distancia que una piedra. Para ver bien una catedral hemos de renunciar a ver los poros de sus sillares y alejarnos de ella debidamente. Pues bien; como los poros son lo que falta de carne en la carne, son las pequeñeces que ve el ayuda de cámara los huecos de grandeza que hay en la vida del grande hombre. Si en vez de permitirnos una servil proximidad tomamos aquella forma de distancia sentimental que suele llamarse respeto, las líneas monumentales de la figura aparecerán claramente a nuestros ojos. Cada cosa nos impone una peculiar distancia y una determinada perspectiva. Quien quiera ver el universo como es tiene que aceptar esta ley cósmica de cortesía. . .*

Don José Ortega prosigue escribiendo; dejémosle así. Las prensas de “El Sol”, el gran diario madrileño donde viene publicándose este trabajo —y donde han de publicarse otros de resonancia universal y de valor perenne—, aguardan sus cuartillas. Las encinas, los álamos, los olmos, las acacias por donde respira Madrid están vestidos por la primavera; en el Retiro, en el Prado, en la Moncloa, algarabía de gorriones; el Guadarrama, al fondo, con su caperuza de nieve. Mes de junio de 1921.

### A LA DISTANCIA JUSTA

El 18 de octubre de 1955 murió en Madrid don José Ortega;

ese día su vida terminó de hacerse, quedó conclusa. “El que muere ya es eterno”. Las obras de Ortega publicadas antes de esa fecha circulan por el mundo vertidas a una docena de lenguas; su obra inédita de publicación póstuma, ya en curso, es esperada con avidez en Europa y América. Fue Ortega un magno filósofo y, ante todo, un hombre bueno y generoso; fue un auténtico grande hombre. Bien claro lo proclaman estas palabras de uno de sus discípulos más devotos, Julián Marías, grande él ya:

“Pero Ortega no se limitó nunca a ser un profesor, a dar orientación e información a sus discípulos, a exponer ante ellos una doctrina. En primer lugar ha usado de una ilimitada generosidad, infrecuente en la vida intelectual de nuestro tiempo, y ha ofrecido a los que hemos sido sus discípulos el acceso a lo que era más fértil y menos conocido del pensamiento ajeno, a sus propios secretos metódicos, a la intimidad de su mente. Se ha esforzado por lograr que la filosofía no quedase hermética en él, sino que fuese también propia de sus discípulos, incluso más allá de sus exposiciones impresas. Dicho con otras palabras, ha procurado que esa filosofía viviese fuera de él, que sus discípulos asistiesen a su génesis y la hicieran suya, que esa metafísica, en suma, fuese *convivida* en formas independientes y libres”. (*Ortega y la idea de la razón vital*. Antonio Zúñiga, Editor. Santander-Madrid 1948, página 24).

No era, pues, una intimidad arisca, hirsuta, inaccesible la de don José Ortega; era todo lo contrario. ¿Qué sabemos de ella por quienes, a *la distancia justa*, tuvieron la fortuna de gozarla? Al testimonio de Marías queremos añadir otros dos de parejo rango: uno, de don Manuel García Morente, es antiguo y en él, aunque con honda emoción, se nos habla principalmente de Ortega en cuanto filósofo; el otro, de Paulino Garagorri, es muy reciente y nos muestra a Ortega de cuerpo entero, destacando junto a las altísimas calidades de su pensamiento las calidades humanísimas de su persona. Y queremos transcribirlos por extenso, no sólo en cuanto muestras de una actitud ejemplar, sino por su propio valor intrínseco y por lo que puedan servir como estímulo y orientación de jóvenes universitarios; al hacerlo pensamos en nuestros estudiantes de Humanidades a quienes, preferentemente, van dirigidas estas líneas. De García Morente es lo que sigue.

*¿Me permite usted que rememore algo del pasado?  
El recuerdo es una operación del espíritu que comienza*

a ser grata cuando ya se tiene mucho que recordar; es decir, cuando ya se empieza a sentir la aprensión de tener poco que vivir. Además, la celebración de unas bodas de plata invita incoerciblemente al recuerdo. Recordemos, pues. Yo conocí a don José Ortega y Gasset hace veintisiete años. ¡Veintisiete años! Durante esos veintisiete años, la amistad fraternal que nos ha unido no ha sido enturbiada por una sola nube. Han sido veintisiete años de convivencia diaria, de compenetración íntima. ¿Puede usted imaginar lo que eso ha representado para mí? Y cuando pienso en ello—y cada vez pienso más en ello—me maravillo de la fortuna increíble que he tenido. Cuando yo era niño y empezaba a leer con entusiasmo de neófito a Platón, a Descartes, a Kant, no solía contentarme con las exaltaciones que me causaban los magníficos acordes intelectuales de esos gigantes pensadores, sino que, más allá del texto escrito, más allá de la urdimbre mental, ideológica, intentaba con la fantasía penetrar hasta las personas efectivas: me representaba a Platón, a Descartes, a Kant mismos; me hacía la ilusión de oír su voz, de escuchar su palabra viva, de cultivar su trato personal; en suma: de existir yo en la vida real de ellos y ellos en la mía. Hubiera dado no sé qué, cualquier trozo grande de mi ser, por poder milagrosamente verlos, oírlos, hablarlos, siquiera un instante. Puede usted, pues, suponer lo que para mí ha sido la amistad de Ortega y Gasset. Ha sido, por de pronto, como el cumplimiento de un hondo deseo, largamente acariciado. Desde el momento en que tuve la intuición cierta de hallarme en presencia de un gran pensador auténtico sobrecogíome un sentimiento extraño, sentimiento desde luego de admiración, pero, además, de gratitud y de efusión, y también de satisfacción personal y de respeto. Y puedo decir que veintisiete años de compenetrada amistad, en diario trato y comercio de las más íntimas confidencias, no sólo no han amenguado ese sentimiento, sino que lo han aumentado, conservando su misma primera cualidad y extraña mezcla. Podrá ser que alguien tache de hiperbólicas estas palabras mías. No tengo otras para expresar lo que siento. Yo sé, yo veo que la admiración, el respeto, la efusión hacia otros hombres, depositarios de valores máximos, es poco habitual entre nosotros los

españoles. Yo sé, yo veo que la mayoría de los españoles se avergüenzan un poco cuando se les sorprende en flagrante delito de admiración. Dijérase que el acto de admirar, de tributar respetuoso cariño a otro hombre lo consideran como una disminución de la propia valía; dijérase que sienten una especie de extraño temor a perder tanto de su ser propio cuanto en admiración otorguen al ser ajeno. Pero, por condición natural o por educación recibida en ámbitos que practican con la más exquisita fruición hábitos de aquilatado justiprecio, el caso es que yo, desde que conocí a don José Ortega y Gasset, hube de tributarle esa admiración, mezclada, como digo, de gratitud, efusión y respeto, y que el trato diario más íntimo no ha logrado embotar. Vi en él, veo en él el tipo perfecto del pensador.

El pensador es, en efecto, el hombre que ha tomado por oficio la tarea de pensar; es decir, de representarse uno tras otro los problemas primarios de la vida y del ser, de reducirlos a términos claros y de describir con pulcritud lo que percibe interiormente. Al pensador se le conoce en seguida por una característica que le es propia: no se le sorprende jamás improvisando. Cualquiera que sea el tema que se le plantee produce siempre la impresión de que sobre ese tema precisamente ha meditado con larga y minuciosa insistencia. Y esa impresión se complementa con esta otra: que su meditación sobre el tema planteado viene de muy lejos, procede de senos profundos de la realidad viva, constituye una aplicación, confirmación o consecuencia de una concepción radical, primaria, de la vida y del ser. Y así es, en efecto. Cuando escuchamos o leemos a un hombre de ciencia, admiramos sorprendidos su conocimiento minucioso de la materia, la claridad de su exposición, el rigor de sus concatenaciones; pero al mismo tiempo sentimos como si el tema tratado hubiese sido recortado de la realidad restante, desprendido de ella, privado de todo vínculo con el resto de lo que además existe. Cuando escuchamos o leemos a un escritor de talento deslúmbra nos la brillantez del ingenio, y lo inesperado de las comparaciones y de las conexiones nos deja suspensos; pero al mismo tiempo se apodera de nosotros la sensación de que todo eso surge ahora de improviso, sin previa meditación, sin funda-

mento en bases más profundas y sólidas. El auténtico pensador, en cambio, se caracteriza por la facultad de incorporar todo el tema al conjunto de los demás temas y de descender al seno común en donde todos toman su sentido y adquieren su jerarquía. Ortega y Gasset posee esa facultad en grado máximo, robustecida además por el continuado ejercicio de ella. No dice, no escribe nunca nada por casualidad ni por capricho momentáneo. Siempre cabe prolongar la línea iniciada en cualquiera de sus asertos, con la seguridad de llegar por ella a relaciones cada vez más amplias y profundas. . .

Don José ha sido y es profesor, tanto por lo menos como escritor público. A la cátedra, a la enseñanza ha dedicado quizá la parte más intensa de su actividad intelectual. El que no haya seguido alguno de sus cursos universitarios, no puede tener idea de la perfección técnica con que don José Ortega enseña las disciplinas filosóficas. No me refiero tan sólo a las cualidades formales de método en la exposición, sino, sobre todo, a la densidad del pensamiento, a la luminosidad de la explicación, al rigor absoluto de los análisis; y, por encima de todo ello, a esa riqueza de intuiciones claras que, por modo sorprendente, anudan mil hilos con los más remotos planos de la realidad vital y científica. La enseñanza filosófica que don José Ortega ha dado durante veinticinco años en la Universidad de Madrid ha creado en realidad la base del pensamiento filosófico español. Esto lo saben muy bien las personas a quienes la filosofía importa algo, aquí y fuera de aquí. Hoy, la actuación universitaria de don José Ortega, complementada por la de otros profesores que, como amigos o discípulos, han recibido la influencia directa de su pensamiento, ha hecho de la Universidad de Madrid uno de los lugares en donde se cultiva la filosofía con más intensidad, escrupulosidad y amplitud. (Carta a un amigo: evolución filosófica de Ortega y Gasset. Se publicó en "El Sol", de Madrid, el 8 de marzo de 1936 al cumplir Ortega sus veinticinco años de cátedra de Metafísica; posteriormente fué incluido en el volumen Ensayos—1945—que la Revista de Occidente publicó tres años después de la muerte de don Manuel.)

De Paulino Garagorri vamos a transcribir un capítulo de su libro *Ortega. Una reforma de la filosofía* (Revista de Occidente, Madrid 1958). Se titula el capítulo: *Lo que no queda de Ortega*. Y dice así:

*Si el hombre es hijo de sus obras, como pensaba Don Quijote con rara agudeza, la herencia que Ortega deja en la hora de su muerte le asegura una progenie vigorosa, un renacer ininterrumpido mientras a los hombres importen los frutos inútiles de la Filosofía y de las Letras. Cuando la obra entera que ha trazado con su pluma y su palabra se imprima y quede, compacta, al alcance del público, se verá en su legado literario una de las cumbres más imponentes de la cultura europea, y su nombre excederá toda clasificación precisa por alcanzar esa zona en que moran los paradigmas de la galería humana—como Goethe o Platón—, y merced a los cuales los humanos se consuelan o redimen de la estupidez congénita, de la tosquedad espontánea de su especie.*

*Pero la obra de este linaje de hombres gigantesco —“que de lo oscuro hacia lo claro aspiran”—no tiene su riqueza más importante en el contenido, que consta y que podemos encontrarlo y volver a él, una y otra vez, sino como nueva avenida tendida en el futuro. La riqueza de una herencia no está en el inventario de lo que registramos de hecho en ella, ni tampoco en las incitaciones que directamente nos despierte, sino en lo que se puede llegar a hacer gracias a la virtualidad de ese legado, a su poder demiúrgico de crear posibilidades. Entiéndase esto con todo rigor. Recordaba Zubiri en estas páginas que muchos españoles, de no haber sido Ortega quien fue, hubiesen sido otros: pues bien, creo que el haber de su existencia tiene su capítulo más fértil en los tantos españoles del futuro que se encuentran, gracias a su obra, herederos, no ya de las cosas que él ha hecho, sino de las cosas que él ha hecho que sean posibles. Es sabido que la riqueza de un hombre no está en la cifra de su numerario, sino, como bien dice el pueblo, en “tener posibles”, en ser hombre de “muchos posibles”.*

*Sin embargo, ni su pensamiento explícito, ni aun su siembra de posibilidades, agotan en su enumeración lo*

que de veras ha sido la presencia real, la actualidad de Ortega. Si las he aludido es para señalar que las excluyo y deslindar el perfil de otras cosas más huidizas y sutiles, muy difíciles de enunciar y, por desgracia, imposibles de transmitir en modo alguno. Quisiera referirme aquí, precisamente, a lo que no queda. Son notas o rasgos de su persona—destellos o vibraciones, más bien—casi inefables, porque no dejan huella que pueda conservarse, pues su naturaleza es una forma cambiante, fugitiva, inasible. Aludo a esa elocuencia tácita que irradiaba de su presencia física. El don más impagable que nos da con su presencia el maestro, el gran hombre, no reside en su modo de ser cosa ninguna determinada, por excelente que sea su grado, sino su modo de ser cualquiera y toda cosa que le sucediera. Sería inútil el intento de sugerir enunciando matices y cualidades aquel su modo de ser y hacer cualquier cosa; si decimos que era veraz, prudente, justo, elegante, cordial, austero; que tenía donaire, garbo, gravedad; que imponía respeto, confianza, moralidad, limpieza. . . , no, es inútil. No hay forma ni concepto que evoque eso que no queda, lo que definitivamente hemos perdido.

Quizá el recuerdo de una fábula poética pueda, en la ocasión, ayudarnos. En *El gran teatro del Mundo*, el formidable auto de Calderón, quien, como tantos españoles, gustaba de anticipar el Juicio Final, se nos describe cómo los seres que van naciendo a la vida reciben los atributos precisos para representar el oficio que les corresponde en el repertorio de la condición humana; pero al término de su existencia, cuando a través de la sepultura se encaminan al juicio definitivo, cada uno ha de devolver el ornamento que le prestaron. *El Mundo* va reclamando a los mortales la veste que les dió la ilusión de identificarse con el personaje que han representado. Pero hay un mágico y rebelde personaje con quien el requisito es imposible: el paso por la vida consume su virtud a la *Hermosura*, a la que no puede despojarse de su apariencia porque es toda ella en sustancia, un puro aparecer, estar presente. No puede devolver la corona, como el rey; ni el azadón, como el labriego; o sus joyas el rico: no puede desnudarse de nada que quede aparte de ella porque actúa en su propia aparición y se agota

en el hecho de su existencia; como un fuego que no deja ceniza.

*Pienso que esa genial intuición condujo al poeta a enfrentarse con la cima de lo humano y su mejor símbolo. Y no hallo ejemplo más expresivo, aunque el carácter femenino de la hermosura pueda desorientar la evocación que persigo. Pues la excelencia del varón superlativo alienta en curso divergente a los módulos de la feminidad. Las cualidades del varón que arrebató nos empujan como un nîsus trashumante hacia una aventura cuyo término está siempre más allá de él, en nuestro propio destino. Si la mujer nos seduce con su hermosura hacia ella misma, el hombre, con su poder innominado, nos pide, como Píndaro, "llega a ser el que eres".*

*Cabe pensar que haya personas opacas y cuya presencia no revela su bagaje íntimo, pero yo más bien creo al que dijo: "Nada hay dentro, nada hay fuera, lo que hay dentro eso hay fuera". La irradiación de Ortega era el vivo ejemplo de esta verdad, y por ello su presencia convocaba tantas perfecciones. Lo que la existencia de Ortega ponía en actualidad con su aparición era la gran riqueza interior de su persona por modo casi transparente, envuelta en una fuerte y contagiosa tonalidad emocional. Pero ese contagio simpático no era siempre cómodo: el tirón ascendente que tiene el contacto con lo óptimo nos eleva, pero con ello, si hemos sido débiles, la conciencia nos acusa acremente y nos hace ver que sólo hemos logrado ser una caricatura de nosotros mismos. Quizá esto explique las ausencias que se producían en su tertulia, donde, a decir verdad, no concurrían cuantos podían hacerlo.*

*En estos últimos años, quizá porque la experiencia hacía más denso el halo magnético de su intimidad, acusaba Ortega un refinamiento insuperable en su capacidad de acertar con el gesto, con el juicio, con el acento o el silencio: con ese don que aparecía siempre sin residir en nada y que su muerte ha borrado de la realidad. De su actuación universitaria sólo alcancé su último curso, hace veinte años justos y cuando él llevaba a su espalda cinco lustros de docencia, que por entonces se conmemoraron; pero luego, sus posteriores estancias en Madrid*

*me han ocasionado el privilegio de su proximidad hasta el triste y doloroso contacto del peso de sus restos en la última vez que podía acompañarle. Desde la cátedra o la tribuna, en su trato, y especialmente en la tertulia que tanto le importó siempre—dijo alguna vez que le gustaría morir en ella y casi lo ha conseguido, pues el 24 de septiembre aún bromeaba intrépidamente acerca de la operación que habría de sufrir—, la influencia intelectual de Ortega brotaba a través de esos elementos imponderables que no quedan porque eran lo absolutamente suyo y que a conciencia de intentar lo imposible he querido conjurar en estas líneas.*

*Ese don de la palabra oportuna y el ademán justo hacían ostensible, por su profunda unidad, que su poder de irradiación no procedía, claro está, de ninguna inspiración inexplicable, sino de la interna consistencia de su sensibilidad mental, de la “razón viviente” que en él ha tenido el descubridor y la demostración visible. El ha sido ejemplo de lo que puede llegar a ser un hombre: un instrumento de precisión en el gesto y en el concepto, en la mirada y en la cordialidad. Y toda esta actualidad de Ortega ya no existe en ninguna parte, con él ha desaparecido irremisiblemente. Al pie de su tumba, ante la fresca corona de laurel que las juventudes universitarias le han traído al paso y cruzando las calles madrileñas, bajo el sol tibio de otoño, que tanto le gustaba apurar y del que un día me dijo que nos acariciaba el rostro “como la mano gastada de un párroco viejo”, si queremos buscar ese aura perdida, que ni siquiera sabemos nombrar, no la encontramos y hemos de recordar, una vez más, a la *Hermosura*,*

“pues al querer cobrarla yo, no puedo,  
ni la llevas, ni yo con ella quedo.”

\*

\* \*

Nada hay qué añadir a ésto; sin embargo, yo quisiera añadir algo. ¿Qué podría yo añadir? A don José Ortega, personalmente, apenas lo he tratado; asistí como oyente, en 1932, a algunas de sus clases en la Ciudad Universitaria de Madrid; asistí en 1933 al inolvidable curso sobre Galileo en la Cátedra Valdecilla de la

calle de San Bernardo (1); asistí a cuantas conferencias públicas dio por aquellos años anteriores a la guerra civil; lo escuché en el Congreso; lo visité una tarde en la Revista de Occidente; esto es todo. Mi cara le era conocida, y dos veces que me crucé con él por la calle, las dos, tuvo la gentileza de adelantarse a saludarme; de mi nombre, estoy seguro, nunca supo. Pero hace más de treinta años que lo leo asiduamente—desde mi primera juventud—, y bastantes que lo vengo estudiando, cada día con más fervor.

Yo quisiera decir algo aquí también. Aunque mi deuda—por su cuantía—es muchísimo menor que la de García Morente, la de Marías o la de Garagorri, mi entrañable gratitud, mi devoción por Ortega es igual que la de ellos. Cada cual tiene su vida, y en la mía Ortega fué el factor de máxima influencia; a él debo más que a ningún otro hombre. ¿Podré decir algo? Sí, voy a decirlo, y para tener otra cosa más que agradecer a don José, tomaré unas palabras de sus *Meditaciones del Quijote* y, levemente alteradas, las dejaré aquí como homenaje y despedida:

¡También usted, don José Ortega, también usted es una plenitud española, acaso la mayor! ¡También su nombre, en toda ocasión, podremos blandirlo como si fuera una lanza!

---

(1) Hoy en el tomo V de sus *Obras Completas* bajo el título *En torno a Galileo. Creo recordar que el título inicial era: En torno a las generaciones decisivas en el pensamiento europeo.*